

Mira los dos dibujos de arriba. No digas nada. Solo mira y piensa en lo que ves a primera vista. Luego, al final de este artículo volveremos a hablar de esos dibujos.

Ser distinta, ser distinto.

Todos somos iguales; sí.

Todos tenemos los mismos derechos; por supuesto.

Muchas veces frases así nos hacen confundir algunas cosas.

Por ejemplo, ser amiga / amigo de mis hijos es bueno. Pero yo, como madre / padre, no soy un amigo de mis hijos. No soy igual que mi hijo, no soy un colega más. Soy alguien distinto, algo distinto. Soy su padre / su madre.

Tantas veces nos han repetido eso de que debemos ser amigos de nuestros hijos, que hemos olvidado que por ello no tenemos que dejar de ser padres y madres, distintos de ellos. De hecho, nunca nadie ha dicho que debamos de dejar de ser padres / madres.

Y tanta lucha por la igualdad, siempre necesaria, siempre poca, nos puede hacer olvidar que somos profundamente distintos, sustancialmente distintos.

No lo podemos evitar: somos así, cada uno a su manera, cada uno con sus grandes capacidades y sus grandes miserias.

Y no estamos acostumbrados a ser distintos, a aceptar a los demás distintos y a convivir con ellos, en igualdad...

Eso lo sufren los niños en las guarderías, cuando un niño distinto es sistemáticamente marcado por los compañeros, incluso por los profesores y padres. Eso les pasa a los niños muy inteligentes (los llamados “superdotados”... pobrecitos), les pasa a los niños que no tienen tanta inteligencia, a los especialmente sensibles, a los muy muy guapos, a los muy muy feos...

Es que ser distinto es muy costoso, muchas veces supone un gran sufrimiento.

Por un lado nosotros como descendientes de los monos que saltaban de árbol en árbol somos seres grupales, tribales, comunitarios, estamos “biológicamente” preparados para convivir en grupo, en sociedad. Y eso que tiene sus grandes ventajas tiene serios inconvenientes.

Uno de los inconvenientes es que estamos programados para acomodarnos a la presión del grupo, a no destacar demasiado. Es que hace millones de años ésto nos podía asegurar la supervivencia: el mono que iba por libre, llamando mucho la atención tenía casi todas las cartas para acabar convertido en la cena de cualquier depredador. El otro, el que se quedaba dentro del grupo, tenía menos probabilidades de que ese león se fijara precisamente en él.

Sí, ahora no tenemos leones. Pero actuamos y sentimos como si los hubiera, y parece que seguimos reaccionando igual que aquellos monos.

Volvemos a hablar de los dibujos. Seguramente la mayoría de nosotros, al verlos hemos pensado “un grupo de círculos y un triángulo”, para la figura número 1; y “un grupo de círculos y otro círculo un poco más separado”, para la figura número 2. ¿Qué hemos hecho?: pues dejar que nuestro sistema biológico de percepción del mundo haga su trabajo: nos ahorra trabajo, igualando a muchos círculos (cada uno diferente), y poniendo como un foco en esa figura que parece distinta, por su forma o por su separación del grupo. Y así, sin querer, hemos marcado al diferente. El dibujo es de circulitos, pero con las personas pasa exactamente lo mismo. Funcionamos así, igual que tenemos dos ojos y dos piernas.

Hemos dado el primer paso. Ya sabemos un poquito que es nuestra biología la que va a hacernos buscar lo diferente. No somos “culpables” de eso. Incluso algunas veces ésto es bueno y adaptativo. Vale.

Ahora nos queda dar el segundo paso, que es el que nos separará de aquellos monos: ¿cómo podemos usar este conocimiento de la mejor forma para no dañar innecesariamente a los demás, y para protegernos a nosotros mismos y a nuestros hijos?

Ser distinto no es malo. Aceptarlo es un primer paso hacia esa igualdad de verdad que todos anhelamos.